

Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

Universidad Católica
Antología 1917 - 2000

Ampuero
Beleván
Calderón-Fajardo
Cueto
Castro
Dughi
Fernández
Iwasaki

Capítulo 3

Ortega
Oviedo
Pollarollo
Prochazka
Ribeyro
Sala
Sánchez Aizcorbe
Silva-Santisteban
Thays
Tord
Vidal

Primera edición: abril de 2002

Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

CUMPLEAÑOS

«Go to the beach...»

Desde hace cierto tiempo, Gabriel pasa el día de su cumpleaños siempre del mismo modo; va con su hija Esther a la playa. Como su cumpleaños coincide de modo exacto con el término oficial del verano, la ocasión es perfecta; hace todavía calor pero refresca un poco temprano, hay gente pero muchos ya prefieren quedarse en casa preparándose para el comienzo del otoño y los días de trabajo más intenso. Pero los que van como ellos, son gente seriamente interesada en la playa que saben gozarla con un poco más de libertad, ya que no hay esas nubes de veraneantes que bajan de sus autos cargados de canastas, toallas y chiquillos, que son siempre los que arruinan una tarde como la que él quiere pasar con su hija. Hacen una pareja ideal, en el sentido de que les gusta meterse al agua y salir de ella casi al mismo tiempo, y a veces ni se consultan por el momento justo para partir; apenas comienzan a sentir el azote picante de la arena que el viento levanta o ese velo bajo de neblina que atraviesa el sol como una cortina de gasa, alistan sus cosas y se preparan para largarse. No verán el mar hasta el próximo año.

Antes, el rito incluía a Anita y funcionaba prácticamente igual. Que ahora él siga haciéndolo y que esa ausencia no lo haya afectado mayormente, es algo que no deja de intrigarlo. Gabriel piensa que si la enfermedad de Anita hubiese sido larga o notoriamente grave desde el comienzo, él habría podido prepararse mejor para la viudez. Pero todo ocurrió tan rápido, todo fue tan absurdo. El dolor era claramente del apéndice, y él no tuvo ninguna sorpresa cuando el médico se lo dijo; una clásica apendicitis. Claro, había que operar de inmediato, pero eso no era sino un tropiezo en la rutina de la vida de los dos. ¿Quién le teme a una apendicitis? Lo que no entraba en las previsiones de nadie, ni del médico, era el horrible tumor en el útero, esa oscura cosa maligna que tenía un largo nombre griego y que había casi devorado el órgano sin que ella se quejase jamás de dolor. Luego todo se convirtió en una pesadilla: el apéndice fue extirpado, pero no había forma de hacer nada con el tumor por el estado avanzado en que se encontraba. Pero luego no hubo tiempo y Anita se consumió casi como si lo desease. Tal vez temía el dolor, que ya entonces había empezado a aparecer

como unas puntadas de fuego que la hacían vomitar en la cama, mientras lloraba las lágrimas más amargas que él había visto jamás: las lágrimas por la propia muerte. A él le costaba imaginar el cáncer como una enfermedad: en ella fue como una explosión, como un estallido de podredumbre; solo un maleficio podía producir algo así.

Siempre se preguntaba si habría decidido intentar una operación de Anita con el segundo médico, de haber habido tiempo. Con total honestidad, se contestó que no, sobre todo porque ella había abandonado ya la lucha; obligarla a pelear, a correr los riesgos de volver a la vida normal sin ser ya ella misma, era imponerle una tremenda carga que sus hombros ya no soportaban. Anita murió aullando, atravesada de agujas y repleta de anestésicos que mataban en ella todo menos el dolor, que persistía sin perdonarle un minuto; a él le daba un poco de vergüenza confesar que su propio dolor fue más grande durante esa agonía que, tras la muerte, solo le produjo alivio.

El día era espléndido: el sol vibraba bajo el cielo decorado con unas pocas nubes blanquísimas, pero la humedad de la semana anterior había cedido bastante, lo que se sentía mejor cuando se pasaba a la sombra. El mar estaba algo agitado, pero eso les gustaba porque podían correr olas y el agua era más limpia. ¿A quién se le ocurrió primero el rito de celebrar su cumpleaños viniendo a la playa? A Anita seguramente, aunque tal vez fue idea de los dos, o de los tres, porque a Esther le encantaba el mar. La playa los unía y era como una módica aventura, en la que siempre ocurrían cosas divertidas, o encontraban personas pintorescas, o sencillamente se relajaban y regresaban contentos, ligeramente hinchados por el sol y con la sal pegada al cuerpo, lo que era agradable cuando a veces hacía el amor con Anita antes de caer amodorrados en una breve siesta, mientras Esther oía sus discos. Esther siempre estaba escuchando música, pero felizmente sus gustos no eran estridentes: prefería, por cierto, la música moderna —esa música brillante, agitada y sin embargo perecible, como una torta hecha con paciencia para ser devorada en tres minutos y nada más—, pero como también tocaba la flauta, tenía un repertorio de música llena de trinos y finos silbidos, que a todos les gustaba. Cada uno tenía sus tareas asignadas cuando salían a la playa: Esther llevaba la radio y las cintas grabadas, las toallas y los aceites; Anita se ocupaba de los sandwiches, la fruta y los vasos de plástico; él, de las bebidas, la sombrilla, las sillas chatas de aluminio para apoyar la espalda, y de poner todo eso en el auto asegurándose de que nada faltaba. En la playa, cada uno abría o desenrollaba o inflaba lo que les correspondía sin mayores tropiezos. Eran bien organizados y cada año lo hacían mejor; se habían convertido en expertos. Ahora que Anita faltaba, el equipo era aún menos complicado y los dos se daban abasto para todo porque todo era más tranquilo. Una de las cosas

que le encantaban de Esther era que, en el auto, como solo hablaba cuando tenía un motivo para hacerlo, él gozaba de largos tramos de silencio; no era como esas muchachitas que van comentando todo lo que ven y convirtiendo la realidad entera en preguntas. Las preguntas de Esther eran siempre muy concentradas en un punto, y él podía enfrentarlas sin problemas.

El cumpleaños de Anita caía en pleno invierno y era siempre una ocasión para dar una gran cena, tras la cual generalmente ellos y sus amigos bailaban y abrían botellas de champagne bastante caro y ella recibía de los invitados pequeños regalos para la cocina o el baño y a veces algo más personal. Al principio, Anita organizaba para él fiestas parecidas, aunque más íntimas, hasta que descubrió que Gabriel prefería ver a sus amigos en otras ocasiones, no precisamente en esas. No era un problema con ellos, era un problema con él mismo, mejor dicho con su cumpleaños. Él pensaba que ese día era para hacer exactamente lo que a uno le daba la gana, y lo que más le gustaba era la playa. Así es que Anita entendió, dejó de planear esas fiestas (no sin pesar, porque le parecía injusto que ella las tuviese y él no) y empezaron a ir a la playa, como él quería. Pronto se dieron cuenta de que era más divertido, menos exigente, una buena ocasión para respirar aire puro y hacer algo de ejercicio.

Al tercer año quedaron convencidos de que había decidido lo correcto: los tres estaban más felices que nunca con la solución. Gabriel nunca le dijo a ella, o no llegó a explicarle bien, que la ventaja era que en las fiestas uno podía conversar y hacer bromas con los amigos, pero era difícil pensar en las cosas que en los otros días no era posible pensar, o paradójicamente poner la mente en blanco y pasar horas sin hacer nada, como los animales en su corral. Su cumpleaños, pensaba él, le permitía estar consigo mismo, sin ningún propósito definido, lo que hacía más interesante la experiencia. A la gente ya no le gustaba estar consigo misma, como si temiese un encuentro desagradable. En realidad, un cumpleaños en la playa era como perder el día, una celebración negativa: un espacio entre los días comunes, como los niños tienen recreos entre Química e Historia Universal. ¿Por qué los adultos no tenían recreos en medio de su trabajo? La tendencia parecía ser la contraria: ahora había proliferado esa cosa horrible que eran los almuerzos de negocios.

Ya se habían instalado cómodamente. Esther se ocupó de elegir un buen pedazo de arena y luego de emparejarla bien y de levantar un pequeño talud para apoyar la cabeza, antes de extender la gran toalla con dibujos azules y naranja. Su radio estaba funcionando; el aparato emitía una especie de latido rápido de guitarras, como un pulso febril. Gabriel acomodó la canastilla con los comestibles y abrió el contenedor de las bebidas; tomó de inmediato una limonada y ofreció a Esther su bebida favorita: un brebaje de color rojo que ella

tomaba con una cañita flexible. Tenían la ropa de baño debajo y se desvistieron haciendo equilibrio alternativamente sobre una pierna y la otra, mientras repetían el juego de siempre: él se caía sobre ella, ella lo empujaba y él quedaba preso de su propio blue jeans y no podía levantarse de inmediato, lo que ella aprovechaba para tratar de quitarse el suyo, pero él la agarraba del tobillo y le rascaba la planta del pie, lo que la hacía gritar de risa. Después de esa agitación tonta, que a veces llamaba la atención de los más curiosos, como esa muchacha tendida un poco más allá, era un placer descansar cara al sol, los ojos cubiertos por viseras verdes. Ahora era el momento en que él, acompañado por su hija, comenzaba a estar solo, a descender hacia sí mismo, o hacia algún momento preciso de su pasado que le gustaba o inquietaba, y esa concentración en un punto de su vida y luego en otro asociado al anterior, producía en él una modorra, un remedo de sueño que aumentaba su bienestar. Había escuchado o leído en alguna parte, que los monjes tibetanos practicaban esa especie de baño mental, que consistía en pensar rápidamente en todo, pero sin retener al final nada, creando un flujo que probaba la insensatez tanto de las cosas pequeñas como de las grandes. Su mente, que durante los otros días era como un recipiente sellado, era ahora como un desagüe. Él sintió el alivio de descargar todo ese material informe, macerado a lo largo de semanas y aun meses y años. Vivía muchas vidas en su vida, lo que hacía que la verdadera fuese relativamente tolerable.

Después de haber estado un buen rato tendido de espaldas, con las piernas ligeramente abiertas, se volvió hacia el lado donde estaba su hija, bocarriba y con los ojos semidormidos, pestañeando contra el reflejo del sol. Esther le sonrió y movió en abanico los dedos de la mano a modo de saludo.

—¿Te quedaste dormido también? —le preguntó.

—No —dijo él—, me quedé pensando. Pero descansé igual.

—Voy a poner la radio.

—Yo pensaba que la tenías encendida.

—No, la música que escuchas es la de la radio de esa chica —y señaló disimuladamente hacia su derecha, a la misma muchacha que antes había observado burlescamente la comedia de los blue jeans—. La tenía encendida antes, pero la apagué porque pensé que querías dormir.

Esther la encendió. Al parecer, ella y la muchacha tenían la radio en la misma estación: la música era ahora algo lenta, con un saxofón que se quejaba con agudos de trompeta. La muchacha volvió a mirarlos por un instante, y luego siguió descansando de espaldas, los ojos cerrados; debía haberse dado un remojón, porque tenía el pelo todavía húmedo. Esther buscó otra cosa en la radio y se demoró en hallarla entre chirridos y anuncios entrecortados, pero al fin dio con

ella: un hombre aporreando un piano para decirle a la chica de sus sueños que esperase por él, que volvía a ella, porque el amor nunca acaba si es del bueno. Esther tenía casi 15 años y en los últimos meses no solo había crecido: se había transformado casi en una jovencita, en un proyecto de la mujer que sería. Aún conservaba hábitos de niña, como el perrito peludo con ojos de botón que tras años en su cama se había convertido en algo informe y mucho más cómico de lo que fue cuando nuevo; pero ahora esos gestos infantiles eran como un teatro, una forma de representar la niñita del pasado para hacerle ver que ya no lo era. Gabriel descubrió que ella había empezado a sentir más pudor que antes; pudor cuando él, por casualidad, veía su ropa interior usada sobre la cama. Él pretendía no haberla visto, pero eso no la engañaba y la hacía sentir más incómoda. Su cuerpo se había redondeado; los senos apuntaban como un par de pequeñas hinchazones bajo sus blusas de algodón, en shorts exhibía unas piernas largas, exageradamente largas en verdad (los niños crecen a pedazos irregulares), de piel túrgida y suave que había surgido de la nada, o más bien de las extremidades de estaca con rodillas huesudas llenas de cicatrices que tenía el año pasado. La había visto rebuscando entre la ropa íntima que dejó Anita, buscando texturas y oliendo perfumes ya desvaídos, o husmeando entre sus cosméticos, echándose algo en los párpados, al mismo tiempo que negaba que esas cosas le interesaban. Cuando Anita murió, lo dejó con una niña que cuidar, aunque fuese bastante responsable; ahora era su compañera, una especie de hermana menor, más ligada a él que antes. Gabriel siempre había pensado que el amor de padres a hijos permitía menos confidencias que el de los hermanos; esperaba, por eso, que en un año más estarían hablando de sus amigos hombres y de sus posibles enamorados. Y tendría que hablarle también de los riesgos del sexo y cómo protegerse, algo que Anita habría hecho mucho mejor que él. La contempló con su ropa de baño con alto escote adelante («como las nadadoras olímpicas» había exigido ella) y el corte bajo atrás que dejaba totalmente desnuda la espalda cubierta todavía por una pelusilla infantil. Vio que se había pintado de rosado las uñas de los pies.

—Te queda bien eso —le dijo, señalándose lo.

—Incluso me pinté los meñiques, mira.

—Muy bien. ¿Y las manos?

Esther las escondió fingiendo una vergüenza que realmente no sentía: otra vez jugaba a ser la niñita.

—Mejor no te las muestro. No tuve tiempo de arreglármelas y están hechas una desgracia.

—Una señorita debe tener las uñas siempre bien arregladas.

—Sí, papi. ¿Nos metemos al agua?

—A ver quién llega primero. Te doy ventaja.

Corrieron sintiendo que la arena candente se aplastaba bajo sus pies como si fuese azúcar. Llegaron a la arena húmeda, con su fría sensación de carnosa y pelada piel de foca. Luego pisaron el agua que las olas derramaban en amplias formas circulares, chapalearon en los charcos bajos hasta encontrar fondo suficiente y casi simultáneamente se metieron de cabeza al mar. Él encontró el agua más fría que ella; nadaron juntos un rato, a lo ancho de la playa; después estuvieron mucho tiempo corriendo olas, tratando de pescar las más altas (Esther tomó mal una de ellas, sufrió un revolcón y raspones en el codo) y de llegar lo más cerca posible de la playa, varados como muchos moluscos entre espumas. Entraron y salieron muchas veces; Gabriel empezó a sentir un poco el cansancio en los brazos. Se echaron ambos de espaldas justo en el lugar donde las olas morían y, muy quietos, viendo cómo sus cuerpos relucían embadurnados por la luz, se dejaron cubrir por el agua y trataron de resistir los remolinos y la fuerte resaca. Rodaron juntos varias veces, él la cargó mientras ella pataleaba y la tiró como un bulto cuando una ola pasaba; Esther lo persiguió pateando el agua para que le entrase a los ojos. Volvieron a la playa lentamente, hablando a gritos, chorreando gotas plateadas de un agua ligeramente pegajosa. Él consultó la hora mirando el sol allá arriba: todavía quedaba un buen trecho de la tarde como para seguir celebrando su cumpleaños.

La toalla los esperaba con su grata tibieza de esponja. Esther se acomodó bien, otra vez de espaldas, y volvió a hacerle el saludo con la mano, antes de cerrar los ojos y abandonarse por completo a la idea de descansar, quizá dormir, ahora con la radio muy bajita tocando una música dulzona. Él prefirió agarrar una revista y hojearla; la había comprado al comienzo de la semana y no había tenido tiempo de leerla. Casi todo en ella era previsible, porque las noticias eran como el agravamiento de las crisis del número anterior: más atentados en Medio Oriente, el ministro secuestrado apareció muerto en un auto, Irán e Irak intercambiaban furiosos comunicados, el acusado de 17 asesinatos fue declarado legalmente irresponsable, el precio del petróleo había comenzado a bajar. Las noticias realmente nuevas eran insignificantes: las faldas inesperadamente volvían a ser cortas y los médicos habían descubierto que la sal no era tan dañina como se pensaba. Aburrido, dejó la revista a un lado y se puso a mirar a los últimos veraneantes. La actitud de la gente en la playa era curiosa: aunque estaban semidesnudos, expuestos los unos a los otros, cada grupo trataba de mantener su intimidad, eran munditos privados que querían ignorarse mutuamente y ejercitar lo más posible ese estado de libertad física, de pieles descubiertas y de alimentos crudos comidos con las manos, que ahora disfrutaban. Gabriel le parecía que la deformidad que el cuerpo humano podía alcanzar por desidia o por el simple paso de los años, era un signo inequívoco de la insensatez de Dios:

los animales envejecían y morían casi intactos, sin engordar ni doblarse como quebrados por un golpe maligno; quizá era porque la complejidad de nuestro cerebro tenía un precio muy alto, que el resto del cuerpo debía pagar. Vio pasar a una pareja de edad mediana, él con unos shorts amarillos que dejaban al descubierto una barriga de tonel llena de pelos rizados; ella con un anticuado dos piezas cuya parte inferior apenas sí podía envolver un trasero caído entre los muslos como una vieja maleta llena de huecos y protuberancias. Los miró caminar lentamente, con cierta resignación, y sintió una indefinible tristeza, que atribuyó a ese vago estado melancólico del que cumple años después de los 30. La fealdad era imperdonable en las mujeres, ridícula en los hombres y terriblemente injusta en ambos casos. Entonces reparó bien en la chica que había estado todo el tiempo al lado de ellos, indiferente o echándoles cortos vistazos.

Su pelo castaño, un poco decolorido por el agua, lucía seco, pero la sal había dejado en su piel lágrimas brillantes que refulgían con la luz del sol; parecía como decorada con una pintura luminosa. La piel tenía que ser blanca, pero ahora era de un oscuro tono rojizo, como una langosta de cobre. En los hombros el pellejo se le había descascarado en pequeños círculos; eso, sumado a los ojos, que apenas abría como escondiendo la irritación que los hacía más sombríos, le daba un aire de penitente: más que de alguien que había venido a divertirse, parecía haber sido expuesta al sol como un castigo. Gabriel pensó en las viejas películas inglesas de tema colonial, con sus atroces torturas de fuego y sed, de arenas movedizas y caminatas en medio de un desierto circular de pesadilla. La chica movió una pierna, como entre sueños. La curva que iba de los hombros a la parte inferior de las nalgas era impecable y más tensa por las tiras cruzadas dos veces sobre la espalda, lo que aumentaba también la sensación de piel apriionada, marcada por ligaduras.

—¿Quieres uno de queso o de jamón? —le preguntó Esther.

—De queso —dijo él, poco atento—. Pero uno no muy grande.

Ella buscó en la canastilla, encontró el sandwich de queso envuelto en papel encerado y se lo dio. Él buscó la botellita barrigona de cerveza. Esther dijo: «La cerveza apesta»; él le contestó: «Solo para los que no la toman», y vio que ella se servía otra cola. Los dos estaban apoyados sobre un codo, enfrentándose uno al otro. Pero Gabriel no estaba mirando a Esther, sino a la chica que se había puesto de rodillas y estaba acomodando todo su lugar, especialmente la estera sobre la que había estado tendida. Eso le recordó inmediatamente que Anita siempre había querido comprar una estera, grande como para los tres, porque pensaba, con razón, que era más práctica que una toalla. Cada verano se proponía hacerlo y cada verano lo olvidaba; murió sin haberla comprado, y él se sintió triste, como si ella le hubiese negado algo. Gabriel se aferraba al recuerdo de ella

gracias a pequeños detalles: un perfume en las sábanas que no se iba nunca del todo, un gesto de Beatriz que era idéntico al de ella, los cajones de la cómoda con esas bolsitas de flores secas que ella decía daban un olor especial a la ropa. Cuando una persona moría, su ausencia comunicaba un sentido a las cosas que antes eran meros objetos; debía ser una forma leve (y admisible) de necrofilia. Lo extraño era que ahora su relación conyugal —lo que quedaba de ella— parecía tener un elemento más pasional que cuando ella vivía. Hasta la enfermedad, su matrimonio no había sido ni malo ni bueno, sino mediocre; la agonía y la crisis física lo hicieron inolvidable, o más bien, le descubrió cosas que él no había tenido tiempo de ver. Le dolía confesárselo, pero en realidad, solo la quiso intensamente cuando ambos eran un par de jóvenes enamorados que hacían el amor como locos y a escondidas, y luego cuando sabía que la muerte iba a arrebatársela y no podía ni tocarla. Anita era tan apagada, tan inactiva, que Gabriel sentía que ella le había robado la vida, acostumbrándolo a sensaciones, expectativas y realidades promedio. Él tampoco la amó bien, o la amó tardíamente, tal vez únicamente por miedo ante la idea de quedarse solo. Se desperdiciaron mutuamente, ahora se daba cuenta, ¿pero quién no lo hace?

Por eso, cuando él supo (o creyó saber) que durante una de esas fiestas que él organizaba para los cumpleaños de ella, algo había ocurrido entre Anita y uno de sus amigos, no sintió celos, ni siquiera curiosidad: le pareció bien que buscara en otro hombre lo que no encontraba en él; quizá eso podía hacer de ella una mujer distinta, provocar un cambio drástico en su vida, que seguía un curso tan previsible. Si algo pasó (él pensaba que algo pasó), Anita lo enterró rápidamente en su memoria y no pareció mayormente afectada, de tal modo que él también echó el asunto al olvido. Quizá todo no había existido sino en la imaginación de Gabriel. ¿Qué prueba podía constituir el hecho de que, dos o tres veces después de su fiesta de cumpleaños, ella se comportase (así le pareció a él) de un modo ligeramente extraño, llegando del trabajo un poco más tarde, algo agitada, con respuestas confusas o demasiado explicativas, como si tejiese una trama, demorándose en el baño, cambiándose la ropa de inmediato? Ella había tenido antes períodos así, en los que hacía cosas raras sin razón aparente: largas caminatas a solas, llamadas telefónicas a horas precisas o más bien sorprendidas. No podía sospechar de todo; no podía quedarse sin un recuerdo limpio. Por otro lado, ¿qué significaba que Anita tuviese una breve aventura (si hubo una aventura) con un amigo? ¿No habría sido peor que amase realmente a ese amigo y lo hubiese abandonado por él? Anita fue fiel, y más porque tuvo la ocasión de no serlo, si es que la tuvo. Pero ahora Gabriel se preguntaba si el amigo sabía que él sabía y si lo creía demasiado cobarde como para exigirle la verdad. O tal vez el amigo pensaba que él jamás había pensado... Qué lío, qué modo de enredar las cosas. Y

lo peor era que tras la muerte de Anita todavía hubo una grotesca complicación más.

Sinceramente, él no había tenido una compañera regular después de Anita, ni había estado buscando una. Pero hubo tres o cuatro ocasiones en que salió con mujeres con el objetivo preciso de acostarse con ellas, de abrazar un cuerpo humano ajeno a él y hacerle creer que estaban juntos. En el colmo de la perversión, en una de esas ocasiones había dejado de ir al cine o de encontrar un amigo, por meterse en la cama con una mujer que iba a olvidar de inmediato; hasta las películas menores podían dejarle recuerdos más vivos. Esos encuentros fugaces ocurrieron en los lugares normales: entre las compañeras de trabajo, entre las esposas de los amigos. Nunca pudo saber si eligió a la mujer del amigo sospechoso por venganza o por deseo: ella era tan dulce, tan pequeñita con sus graciosos ojos separados y su cerquillo de vietnamita. ¿Sospecharía ella que Anita y su marido...? ¿Le importaría igual que a Gabriel? ¿Menos aún? La muerte de Anita había hecho de todas estas cosas, anteriores o posteriores a su desaparición, historias inconclusas, ideas más que hechos reales, como si él los hubiese inventado para entretenerse, para poder sobrevivir la viudez.

Le pidió una manzana a Esther después de terminar su cerveza. Le dio dos o tres mordiscos, con entusiasmo decreciente. Mientras masticaba, vio que la chica primero se daba vuelta sobre sí misma y luego giraba por completo para poner la cabeza donde antes tenía los pies; seguramente quería evitar el violento reflejo del sol que empezaba a caer; ahora ella estaba dándole la espalda al mar, un brazo tapándole los ojos ardidos. Desde su posición, Gabriel podía verla mejor: entre los pechos, que el cuerpo ligeramente arqueado hacia atrás descubría un poco, la ropa de baño azul cobalto dejaba un espacio como una lágrima que se cerraba casi en la cintura. Las tiras de la espalda, de color más oscuro, corrían también por la cintura formando un lazo vistoso pero completamente inútil. El monte del pubis era abultado, sobre todo ahora que ella había colocado la otra mano sobre el vientre. La ropa la cubría con una adherencia especial, como si el cuerpo se hubiese expandido después de puesta. Gabriel lo atribuyó a los cortes altos a los lados de los muslos que dejaban ver una parte de las nalgas, como si fuese ropa interior; cuando la muchacha flexionaba la pierna, él podía notar la piel más delicada, más blanca de la ingle afeitada. Justo en ese momento, vio que ella movía rítmicamente, pero muy despacio, las rodillas y los dedos de los pies, siguiendo la música de su radio. Sin dejar de hacerlo, abrió súbitamente los ojos y lo miró. Miró a Gabriel mirándola y él encontró esa mirada seca y dura, como un reproche: estaba interfiriendo con su ceremonia. Entonces él se volvió hacia Esther y se dio cuenta, por la mirada como avergonzada de su hija, que ella también lo había sorprendido observando a la muchacha. ¿Serían celos? ¿O

le reprochaba algo como padre? Miró a Esther y la halló tan bella como a la chica y se lo dijo con una sonrisa. Esther volvió a hacerle su saludo con la mano: parecía haber sido perdonado. Antes solo tenía que ocuparse de Esther; ahora además, tenía que darle cuentas. ¿Cuentas de qué? Trató de analizar su propia mirada a la chica —censurada por ambas casi simultáneamente— y no descubrió deseo o nostalgia de algo, sino simple impertinencia. A su edad, con su experiencia, todavía seguía faltándole discreción.

De pronto, vio a la chica ponerse vivamente de pie. De espaldas a él se quitó el reloj y se agachó para guardarlo en su bolso. La ropa de baño se le metió aún más entre las nalgas, y ella se la arregló haciendo correr los dedos por el filo de la tela, antes de entrar saltando al agua. Solo cuando desapareció de su vista, se dio cuenta de cuánto se había concentrado en la observación: había mucha gente alrededor que Gabriel había estado ignorando. Se distrajo examinando cuerpos y caras, como si tuviese que presentar un informe: tantas personas, tantos hombres y tantas mujeres, tales y cuales colores, en esta u otra posición. Estaba siendo otra vez impertinente; miró a su hija, con el aire furtivo de un ladrón: Esther estaba absorta en su música y las uñas de sus pies. Hecho el recuento, descansó y puso la mente en blanco. Anita apareció en una ráfaga, desnuda, besándose furiosamente con su amigo, apoyados en la mesa de la cocina al día siguiente de la fiesta, cuando él no estaba en casa; la misma improbabilidad de la imagen la hizo desechable y la eliminó fácilmente. El tiempo pasó lenta y benéficamente mientras sentía el sol calentándolo por oleadas. En algún momento debió haberse quedado realmente dormido, porque creyó oír un sonido ligero de campanas, como de un trineo.

Lo que pasó entonces, apenas se despezereó y volvió la vista hacia el montón de ropa y la estera que la muchacha había dejado, parecía parte de un sueño: un enorme perro, la boca acezante y las orejas bamboleándole, cruzó en diagonal como si viniese del agua (tenía las patas negras de arena) y después de husmear vasos de cartón y botellas tiradas, se dirigió, como si lo hubiese estado esperando, al lugar de la chica y antes de que Gabriel pudiese hacer nada vio cómo metía el hocico en el bolso y devoraba en un instante lo que parecían unos sandwiches. Esther gritó al perro: «¡Fuera!» y él atinó a tirarle una de sus alpargatas. El objeto golpeó en un flanco del perro y lo hizo recular; el animal volvió los ojos hacia él, con el rencor infinito del hambre. Insinuó una retirada, pero luego, traicioneramente, volvió a la carga, comió algo más y sacudiendo el hocico hizo volar unos papeles de una cartera. Gabriel le gritó para espantarlo, le tiró un resto de la manzana y falló. El perro ladró furioso cuando Esther lo golpeó con su propia zapatilla. El animal se retiró finalmente, saciado o asustado. Entonces Gabriel se dio cuenta, tardíamente, de que los papeles eran en realidad

billetes, el dinero de la chica. Se levantó a toda prisa y logró atrapar un par con el pie, pero los otros ya habían volado lejos. Corrió un poco, trató de pescar uno más y tropezó; los otros billetes, barridos por el viento, habían ido a parar al mar, tras un rompeolas. Cuando regresó lentamente hacia su sitio, el lugar de la chica parecía haber sido escenario de una pequeña batalla. Todo estaba en desorden. Él trató de arreglar un poco las cosas, empezando por la billetera abierta; después guardó los anteojos ahumados de la chica, limpió de arena la radio.

—Mejor la vas a buscar, la muchacha debe estar todavía en el agua —le dijo a Esther.

—¿Por qué no vamos juntos? —dijo Esther, tímidamente.

—Porque yo me quedo aquí cuidando que el perro no venga otra vez. Apúrate, anda.

Ella emprendió la carrera. Gabriel vio una pierna de pollo a medio comer tirada sobre la toalla; el perro había quebrado el hueso de un mordiscón. La envolvió en una servilleta y la puso a un costado. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que el incidente tenía muchos espectadores, que hacían comentarios o se reían. En realidad, la situación era cómica, pero Gabriel se imaginaba que para la chica iba a ser el triste fin de un día de descanso. Algunos veraneantes que recién se acercaban a esa área de la playa lo miraron como si fuese un vagabundo hurgando en posesiones ajenas en busca de algo. ¿Se estaba complicando demasiado en algo? A lo lejos, cerca de la zona de estacionamiento, alcanzó a ver a un policía y pensó que tal vez alguno de los que lo habían tomado por un sospechoso podía informar sobre lo que habían visto. ¿Cómo explicarle a un policía: «Fue el perro el que abrió la cartera y se robó el dinero. Yo me quedé aquí cuidando. No, no conozco a la propietaria»? La misma idea —*un perro que se robó el dinero*— sonaba terriblemente falsa. Por si acaso desdobló los dos billetes que tenía en la mano y los abrió, exhibiéndolos como una prueba de su inocencia. En un mundo de sospechosos como el de esta ciudad, el culpable podía ser cualquiera y, precisamente, el más inconspicuo. Dudó entre cerrar o no el bolso; vio el reloj adentro, semienvuelto en una prenda de seda, y decidió no tocar nada. Se quedó quieto, al lado de las cosas de la muchacha, la mirada ausente, como si quisiese ignorar lo que había ocurrido. Tuvo otra nítida visión del rostro de Anita, trabajosamente empeñada en la boca de su amigo, humedeciéndole los finos bigotes, también entonces se había quedado quieto, satisfecho de sospechar, temeroso de saber.

Las dos esbeltas figuras de Esther y la muchacha aparecieron juntas, húmedas, corriendo en dirección a él. Gabriel se levantó aliviado: ahora todo se arreglaría. La muchacha tenía una mirada ansiosa, que los ojos ya hervidos por el sol

hacían más tenaz. Confusa, se echó el pelo hacia atrás y se tiró de rodillas sobre la estera. Parecía una gitana rodeada por sus hatos de ropa y víveres deshechos.

—Oh, Dios —dijo—. ¡Qué desastre! ¿De quién es el perro?

Hablaba con indignación, buscando un culpable.

—Era un perro callejero, no tenía collar ni nada —dijo Gabriel—. No pudimos evitarlo: cuando nos dimos cuenta ya había hecho gran parte del daño.

—Gracias, muchas gracias, señor —dijo la chica y por primera vez lo miró a los ojos humanamente, movida por la gratitud y por algo que seguramente no conocía: la solidaridad de un extraño. Encontró con alegría su reloj, pero siguió buscando algo más.

—¿Qué le falta? —le preguntó Gabriel.

—No encuentro las llaves del auto —dijo la chica—. Estaban aquí, estoy segura.

—Quizá se cayeron en la arena —dijo Gabriel.

—Mierda —masculló la chica, frustrada por la búsqueda, pero de inmediato se disculpó mirando a Esther—. Perdome, perdonenme ustedes; estoy tan furiosa.

Esther estaba en cuatro patas, tanteando metódicamente la arena alrededor de la estera, usando los dedos como rastrillo. La chica la imitó y él vio los bordes blancos de sus pechos ahora semidescubiertos; tenía la exacta redondez de medias toronjas. Veía también cómo subían y bajaban con la respiración agitada, los pezones transparentándose bajo la tela húmeda como manchas rugosas y puntiagudas.

—¡Aquí están! —gritó triunfalmente Esther, sacudiendo un pequeño llavero con una insignia azul de Ford.

—¡Oh, qué suerte! —dijo la muchacha y besó las llaves con una alegría infantil que hizo sonreír a Gabriel y Esther.

—Esto es todo lo que pude salvar de su dinero —dijo Gabriel mostrándole los billetes.

—¿Mi dinero? ¿También se llevó mi dinero? —dijo con una mueca de incredulidad que descompuso la cara que (ahora él la veía bien) tenía una fina osatura dominada por una nariz afilada como el espinazo de un pájaro.

Gabriel miró a Esther: ¿no le había dicho eso a la muchacha cuando la encontró? Esther puso una cara de total inocencia: suponía que su padre seguía siendo el encargado de los asuntos graves, de dar las malas noticias. La chica volvió a caer de rodillas, derrotada. Los ojos enrojecidos expulsaron una humedad tristonja y escasa, como una secreción enferma, sus manos empezaron maquinalmente a enrollar una toalla, pero luego la arrojó con cólera sobre la arena, igual que el asistente de un boxeador ya muy golpeado.

—Mire —dijo Gabriel, en un tono muy calmado—, ya sé que es molesto lo que ha pasado, pero por ahora no se preocupe más. Yo le puedo prestar lo que necesite.

La muchacha no pareció haberlo escuchado, porque dijo:

—Oh, Dios, ¿qué voy a hacer ahora? Apenas tengo gasolina en el tanque y vivo muy lejos —resopló por la nariz con fuerza y agregó:— Maldito perro.

—Como le digo —repitió Gabriel—, olvídense ahora del dinero y del perro. Vaya a casa. Dígame lo que necesita.

—Oh, no señor. Yo no puedo aceptar eso.

—No se lo estoy regalando. Se lo estoy prestando.

—Yo no los conozco a ustedes... No sé dónde...

Él le extendió la mano y dijo su nombre; ella dijo el suyo.

—Esta es mi hija Esther —agregó Gabriel.

—Hola, Esther —dijo la muchacha—. Gracias, han sido ustedes muy buenos. Pero el dinero...

—Déjese de tonterías —dijo él, con amigable impaciencia—. Tome esto, creo que le alcanzará para llegar a un grifo y luego a casa. Más bien, ponga sus cosas en orden y vea que no deja nada olvidado.

Le dio unos billetes doblados en el puño vuelto hacia abajo, como si le estuviese pasando un paquete de droga: no quería ofenderla ni llamar la atención. Pensó que Anita tenía razón de molestarse (a él le había parecido entonces un escrúpulo tonto) cuando él intentaba darle dinero en plena calle: «Van a creer que soy una puta». Una puta muy improbable, se decía él, con esos severos trajes grises y sus púdicos escotes. Tal vez la pobre fantaseaba; tal vez debajo, no en su cuerpo, sino debajo de su cuerpo, había una mujer ardiente, capaz de enloquecer a un hombre.

—Gracias, señor, —dijo la muchacha que, de pronto, parecía más joven: no esa sirena dura y experimentada que se asoleaba indiferente un rato antes, sino una chiquilla con un padre como él en alguna parte, esperándola. ¿Veinte, veintidós años? Creyó ver en uno de sus dedos un anillo de compromiso. ¿O era de matrimonio? No, porque entonces habría estado con su marido. ¿Viuda entonces? Gabriel se sonrió consigo mismo, pero también de las costumbres sociales que imponían marcos para distinguir las parejas de solteros. Se le ocurrió que sería una buena idea que los viudos llevaran un cartel, bastante grande, colgado del pecho, como los ciegos, en el que pudiese leerse esa palabra que los colocaba entre los dos grandes reinos, en una zona indeterminada pero esperanzada, como los niños en el limbo.

—Tampoco tengo papel ni lápiz para apuntar su dirección —le dijo la muchacha con un gesto de contrariedad—. ¿Tiene usted?

—Un momentito —dijo él y fue rápidamente a buscar su propio bolso. Encontró la libretita azul de filos dorados y el lápiz en su anillo de plástico al lado. Siempre la llevaba a todas partes, para asombro de Anita. «Si acaso nos perdemos en tierras de infieles, al menos podemos dejar un mensaje», le decía él haciéndola reír. Apuntó con claridad su nombre, teléfono y dirección, arrancó la paginita y se la dio a la muchacha.

—Gracias, señor —dijo otra vez ella—. Mañana temprano paso a dejarle el dinero.

—No hay ningún apuro. Pase cuando pueda.

—¿Siempre hay alguien en casa?

Casi siempre. Mejor llame por teléfono antes para no hacer un viaje en vano.

—Uf, no sé qué habría hecho sin su ayuda. Qué fastidio, qué desastre todo.

—Vuelva tranquila a casa ahora. Y no se olvide de la gasolina.

—Oh, no, de ningún modo —dijo, mientras empezaba a ponerse unos shorts de color militar y una camiseta de algodón a rayas. Hizo un rápido recuento de sus cosas. Se agachó una vez más (él vio que las nalgas húmedas habían dejado en los shorts dos manchas del tamaño de una pelota de tenis) y rescató del fondo del bolso un simpático gorrito rojo que tenía la leyenda «BAHAMAS: YOUR PLACE IN THE SUN» atravesada por una palmeras. Le sonrió calmada pero distante: todos sus planes debían haberse ido al diablo. El sol estaba ya sesgado, levantando escamas de luz en el mar que sonaba con fuerza. El viento arrastraba en remolinos los desperdicios de la gente. Se despidieron. Él la vio marchar sin mucha gracia, cansada, pateando la arena.

Cuando estaban en el auto, ya de regreso, Esther mantuvo uno de sus largos y pensativos silencios, hasta que por fin le dijo:

—Papi, ¿sabes una cosa?

—¿Qué cosa?

—Esa chica no va a ir a la casa a devolverte el dinero. Ni siquiera va a llamarte por teléfono.

—¿Por qué?

Los ojos de Esther brillaron entonces con el odioso desdén de una persona ya adulta.

—Porque tiene cara de vagabunda —dijo, y agregó: —Como el perro.

Él le dijo, sin mayor convicción, que se equivocaba y que era mejor esperar que la gente obrase de buena fe. Además, qué importaba: la suma era tan pequeña. Pero también pensó que ya se había olvidado del nombre de la muchacha y de pedirle su propia dirección.

Esther no se equivocó, pero él no pensó realmente en ello sino un año después. Era otra vez su cumpleaños y estaban en la playa, como de costumbre, aproximadamente a la misma hora y en el mismo lugar, Esther ya convertida en una atractiva jovencita con labios cuidadosamente pintados y párpados con sombra, él nuevamente resignado a su revista aparentemente tan llena de noticias —en Londres, dos jumbojets habían chocado en el aire y el número de muertos era un récord, el Papa recorría triunfalmente Tailandia— y en realidad tan vacía como sus recuerdos. De pronto, se dieron cuenta (Esther un instante antes de él) de que la muchacha con grandes anteojos de bordes plateados y con el sostén del bikini suelto en la espalda mientras leía bocabajo un best-seller barato —la carátula tenía una mascarilla diabólica y el título CAVEAT EMPTOR en letras góticas—, acompañada por un hombre que parecía no tener un solo pelo en el cuerpo bulboso de levantador de pesas, era la misma muchacha del año pasado, la del incidente con el perro. Por un momento, ella se quitó los anteojos para darse un respiro de la lectura; la mirada de Gabriel y la de ella se cruzaron (él había borrado toda expresión de su propia cara, como si fuese a tomarse una foto de pasaporte), y los ojos siempre afiebrados de la chica lo miraron exactamente con el reproche y la dureza de la primera vez. No lo reconoció en absoluto.

La voz de Esther sonó particularmente feliz:

—Te lo dije, papi —y le hizo el gracioso saludo con los dedos de la mano antes de echarse otra vez a reposar junto a la radio, en la que una voz femenina se quejaba del corazón duro de un muchacho de grandes ojos bondadosos.

Gabriel abandonó su revista y trató de descansar él también, recordando tantos días secretamente felices que Anita le había dado sin exigir nada a cambio.

(De *La última fiesta*. Lima: Editorial Apoyo, 1998)

GASTÓN FERNÁNDEZ

Gastón Fernández Carrera nació en Lima en 1940. Inició sus estudios en la Facultad de Letras en la Universidad Católica en 1957. Publicó muchos cuentos bajo el título de *Relato aparente* en revistas como *Kuntur*, *Humbolt*, *Revista Peruana de Cultura*, *Eco* y *Hueso Húmero*. Murió en Bruselas en 1997.